

Contra el algoritmo

Una lágrima por Jürgen Habermas

por Oscar Ariel Cabezas*

La muerte de una figura de la grandeza intelectual de Jürgen Habermas (1929-2026) es un acontecimiento que divide el mundo académico. Por un lado, se le desprecia por sus intervenciones políticas y por otro, se le admira por su obra filosófica. Habermas cultivó con la maestría de un polemista interesado en la cuestión kantiana el "uso público de la razón". Esta fue una de sus pasiones de vida y la dejó expresada de manera teórica en su primer libro *Historia y crítica de la opinión pública* (1962).



Patricio Court, Sin título (Técnica mixta sobre cartón), 2020
 (Exposición en AMS Galería a partir del 28 de marzo)

Creyó en la posibilidad de los debates en el espacio público y en la incidencia de estos en la formación de una ciudadanía ilustrada con capacidad de juzgar argumentos. Habermas es en este contexto el último de los filósofos históricos de la Escuela de Fráncfort y autor de una obra filosófica que nunca se alejó de la posibilidad de orientar la democracia como un antídoto a los totalitarismos. Escribió *Teoría de la acción comunicativa* (1981) para reconstruir lo mejor de la tradición sociológica y del pensamiento filosófico. Pero sobre todo, escribe esos dos enormes volúmenes para crear las condiciones de posibilidad de una comunidad (ideal) de habla en la que la única coacción comunicativa sea la de los mejores argumentos. Lo mismo se puede decir de su libro *Facticidad y validez* (1992) en el que reflexiona sobre la relación entre el derecho y el Estado democrático. La ciudadanía debe darse sus propias normas y estas deben estar legitimadas no en el espectáculo de las elecciones, sino en la argumentación racional y el debate público. Se trata de un libro que frente a la crisis actual del derecho internacional y el contexto del micro totalitarismo ejercido por el control técnico de los algoritmos en redes sociales resulta insoslayable. En cualquier caso, la pasión por el espacio público y el uso de la racionalidad comunicativa, es decir, libre de coacciones, se halla en prácticamente toda su obra que consistió en análisis teóricos de un inapreciable valor.

El legado de Habermas se ve, sin embargo, ensombrecido por tiempos desquiciados y de patologías belicistas nunca vistas en el marco de otras crisis mundiales como la de 1929 o las guerras mundiales. La guerra desquiciada y destructiva de Trump y el

genocidio de Israel contra el pueblo palestino ocurren en medio de la destrucción e invalidez profunda del derecho internacional. El fenómeno social y masivo del irracionalismo y la estupidización algorítmica incrementa el control de la subjetividad y anula a los ciudadanos orientando la vida al fetiche de la compulsión por el consumo y el aburrimiento crónico.

La codicia

El gran teórico de la acción comunicativa muere justo cuando el desquicio mundializado de la actualidad está globalmente consumado y genera una cuesta hacia arriba en el aumento de la codicia por poder y dinero de las derechas y las ultraderechas. Estas agrupadas en una lumpenoligarquía mundializada y tecno feudal hacen de la oscuridad de la nube digital una imposibilidad estructural de alcanzar una comunicación libre del imperativo del consumo. Este imperativo no ha dejado de triunfar y es parte de los males que hoy dan lugar al sufrimiento y las masacres que llevan a cabo Israel y Estados Unidos por la codicia por el petróleo y el territorio. La pobreza de los debates públicos controlados por oligopolios de la comunicación contribuye a la decadencia de las energías por los ideales universalistas de igualdad y justicia social. La miseria espiritual de las izquierdas culturalistas, parlamentarias y electoralistas contribuye a debilitar y deslegitimar el Estado y las democracias liberales.

Habermas, como se sabe, nunca fue partidario de la democracia liberal-individualista y tampoco de teorías democráticas de corte populista. Aunque, por supuesto, las

estudió con el rigor de la traza weberiana, es decir, con el rigor de un científico. Crítico de la teoría de la justicia de John Rawls, el privilegio del individualismo y la propiedad vida, la democracia de Habermas es una democracia radical, basada en la energía cognitiva y en la intersubjetividad como potencial deliberante facultada por el uso público de la razón. Por eso, dudosamente podemos decir que le haya interesado el agonismo político de Ernesto Laclau & Chantal Mouffe o la política radicalizada a partir de algún reduccionismo del marxismo vulgar (economicista o de clase).

Escapar de la ortodoxia

En uno de sus mejores libros *La reconstrucción del materialismo histórico* (1976) propone una crítica a la consideración ontológica de que la especie humana evoluciona a partir del progreso de las fuerzas productivas y su relación con el trabajo. Este libro no sólo le permite escapar a la ortodoxia del marxismo, sino también fundamentar un proyecto de comprensión de lo humano que considera la evolución cognitiva en el aprendizaje moral y, por supuesto, el lenguaje como potenciador de las posibilidades de resolución de los conflictos que se dan en el interior de los mundos de vida. En varios de sus libros, *Facticidad y validez. El discurso filosófico de la modernidad* (1985) y *El occidente dividido* (2006) reconoció también la importancia de Carl Schmitt respecto de la debilidad del liberalismo europeo, combatió su teoría de la decisión soberana y discutió y criticó sus postulados sobre la guerra y el decisionismo de "gran potencia".

El filósofo de la razón comunicativa creyó hasta sus últimos días que los conflictos pueden y deben resolverse a través de la racionalidad comunicativa y del mejor argumento. Esto también lo aleja de un pensamiento político basado en estructuras mentales de adeptos a las fuerzas carismáticas y al misticismo de líderes políticos generalmente contruidos a través de la manipulación de redes sociales y del complejo comunicacional globalizado. Habermas muere en el tiempo de desquicio consumado, muere con el peso de las imprecisiones y los riesgos de defender la posibilidad de una democracia procedimental; muere creyendo que la condena de un argumento no debe ser afectiva, sino sujeta al juicio racional de su validez y su facticidad. El filósofo que escribió tempranamente uno de los libros más importantes sobre la crisis, *Problemas de legitimación del capitalismo tardío* (1973) muere en medio de una de las peores crisis de legitimidad del Estado y del derecho.

Habermas fue el filósofo del patriotismo constitucional y de *La inclusión del otro* (1996) intentó resolver el problema de las identidades sin caer en el particularismo identitario ni en el fundamentalismo de la lengua o la etnia. Sostuvo una coherencia y una perseverancia en su obra en la que no buscaba la figuración, sino la responsabilidad y el compromiso con un pensamiento político basado en la posibilidad de un progreso hacia mejor. Aunque, sin duda, hoy esa posibilidad no sea más que una palabra de validez dudosa y ajena a la facticidad de un presente dominado por todo aquello en lo que Habermas no creyó y combatió desde una de las mejores plumas de intelectual comprometido con el presente y la creación de espacio público.

Su muerte se vio empañada por su supuesto apoyo al genocidio cometido por el gobierno de Netanyahu. Pero Habermas no apoyó el genocidio, sino que declaró públicamente su solidaridad con la posibilidad de defensa de Israel contra Hamás. El ataque del grupo palestino, sin embargo, no desató como sabemos, una autodefensa, sino una política criminal de Netanyahu que terminó realizando el primer genocidio televisado y a cielo abierto contra la población palestina. La solidaridad de Habermas y, al mismo tiempo, la ceguera y la falta de un contexto en el que el pueblo palestino ha sido deshumanizado debe buscarse en la insostenible levedad de la culpa de los alemanes y de los europeos con respecto al genocidio contra los judíos, perpetrado por el nacionalsocialismo de Hitler.

Habermas muere a los 96 años como una de las figuras más prominentes de la historia intelectual europea. Sin duda, comparte un merecido lugar junto a Max Horkheimer, T.H. Adorno, Walter Benjamin y Herbert Marcuse. Pasará seguramente a formar parte del Partenón de filósofos alemanes que junto a Kant, Hegel, Marx y Freud será una fuente de interpretaciones, diatribas y tensiones que se actualizarán en los debates contra Habermas, a favor de Habermas o más allá de Habermas. ■

*Pontificia Universidad Católica de Chile